

En el ajetreo diario

Dicen que el tiempo todo lo borra. Y en la mayor parte de los casos es así. Sin embargo, en ocasiones, el transcurrir de los años no actúa como la goma que hace desaparecer la huella del lápiz sobre el papel.

Se cumple ahora el décimo aniversario del fallecimiento de Mons. Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei. Muchas hojas del calendario han caído desde entonces y aún así su figura permanece viva entre nosotros, no como un simple recuerdo que acude hoy con fuerza a nuestra imaginación. Desde el 2 de octubre de 1928, fecha en que Mons. Escrivá vio lo que Dios le pedía, el espíritu del Opus Dei se ha hecho vida en miles de personas de todo el

mundo, prendiendo en ellos el fuego del amor de Dios. Así se dirigía Juan Pablo II a algunos profesores y estudiantes universitarios, miembros de la Prelatura en el verano del 79: "Tal es el mensaje y la espiritualidad del Opus Dei: vivir unidos a Dios en medio del mundo, en cualquier situación, cada uno luchando por ser mejor con la ayuda de la gracia y dando a conocer a Jesucristo con el testimonio de la propia vida. ¿Hay algo más bello y más apasionante que este ideal?"

Y a este ideal —que es vocación a la santidad en medio del ajetreo diario— han respondido gentes de los cinco continentes, desde el campesino mazahúa de tierras mejicanas al ejecutivo de la city londinense. De costumbres tan diferentes como las del japonés o el hispano. De lenguas tan dispares

como el swahili o el papiamentu de la isla de Aruwa. Jóvenes cargados de futuro y viejos que agotan su presente. Sanos y enfermos, intelectuales y obreros... ¡todos! Un numerador variadísimo con un común denominador, núcleo de la enseñanza de Mons. Escrivá: el deseo de dar testimonio de Jesucristo en todas las encrucijadas del quehacer humano, compartiendo con los demás ciudadanos esfuerzos, trabajos, dolores y alegrías, allí donde desempeñan su trabajo profesional, esforzándose por empapar de espíritu cristiano el ambiente en que se mueven. Es la unidad de vida, la coherencia que huye de la dispersión, del embrollo, de la esquizofrenia de pensar de un modo y de actuar de otro; o de llamarse cristiano cuando los hechos demuestran una conducta que no se acomoda a la doctrina de Jesucristo. *¿Te has molestado en meditar lo absurdo que es dejar de ser católico, al entrar en la Universidad o en la Asociación profesional o en la*

Asamblea sabia o en el Parlamento, como quien deja el sombrero en la puerta?, escribió Mons. Escrivá de Balaguer en Camino.

No es la vocación cristiana una llamada de quita y pon. Hemos de ser santos *sin que nos falte un pelo*, esto es, sin claudicaciones, sin componendas ni rebajas. Porque no consiste en andar bajo mínimos sino en llegar a las cotas más altas del amor de Dios, buscando la santidad personal en medio del mundo.

El fundador del Opus Dei se lanzó sin titubeos a la siembra de la llamada universal a la santidad, sin arredrarse ante las dificultades e incomprendiones que no faltaron desde el comienzo de su labor. Convencido de su condición de instrumento en las manos de Dios, arrojó —con la fuerza de la oración y el sacrificio— esta semilla que pronto dio fruto abundante, y que ha seguido dándolo en estos diez años desde su fallecimiento.

Maite MIGUELAÑEZ

Viaje al más allá

Dedicado a Ernesto Garrido Treviño

Cuando hablamos de ti todos coincidimos. ¡Lástima que profesionales de tu talla tengan que viajar al más allá!

En tu equipaje te llevaste muchos secretos, declaraciones y conocimientos que debiste haber divulgado. En los momentos de euforia nos estimulaba ver la ilusión que ponías cuando investigabas y recopilabas informaciones. Pero cuando te deprimías desaparecías, lo hacías de un modo tan discreto que nunca nos sentimos culpables, ni responsables de tus estados de ánimo.

Tu imagen sentado en cualquier banco, de cualquier plaza, comiendo semillas de girasol como un ave que repone fuerzas para alzar el vuelo más tarde no se borrará nunca de nuestro recuerdo. Ahora te envidiamos porque solo tú, con la valentía

que siempre demostraste podías obtener un billete para el paraíso, junto con muchos de nuestros personajes admirados.

Sentimos que antes de tu partida no hayamos podido disfrutar un poco más de la maestría de tu pluma, de la corrección de tu narrativa y de tu ética profesional. Pero podemos consolarnos pensando que de este modo has sabido sublimar muchos problemas absurdos que nos atormentan.

El dolor que has sembrado al abandonarnos debe compensarte por la satisfacción de la llegada a un lugar donde seguro que has encontrado la paz, y el día que podamos reunirnos lo celebraremos emocionados. De momento debes saber que no te has ido del todo y nunca lo harás.

Sobreviviremos tu ausencia y soportaremos la idea de no haber sido lo suficientemente persuasivos para evitar que compraras el pasaje, pensando que tu inteligencia te ha llevado al lugar donde podrás ser más feliz.

Helena CASADO



Participa, crea tu cultura